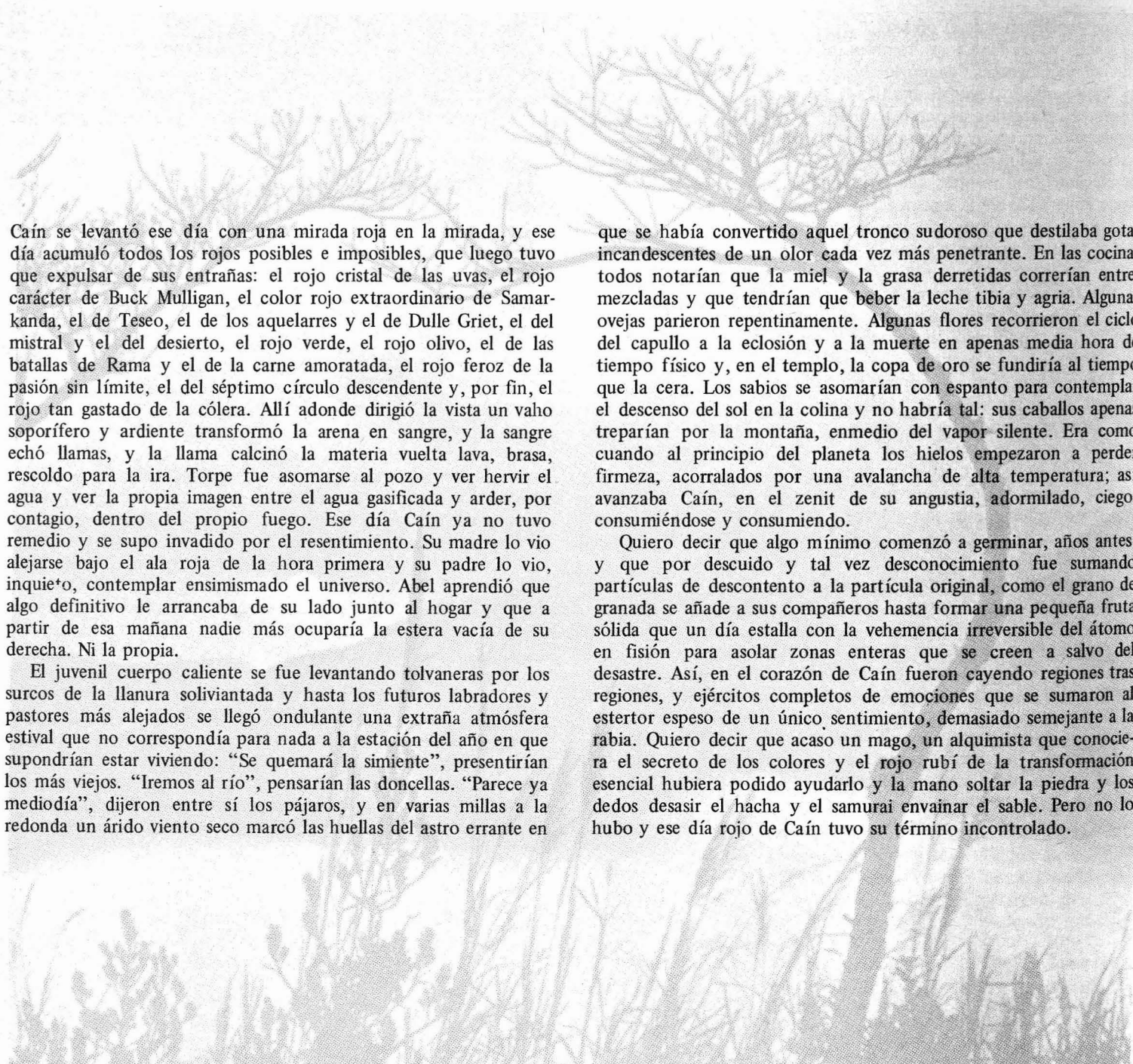

Oscar Zorrilla

CAIN



Caín se levantó ese día con una mirada roja en la mirada, y ese día acumuló todos los rojos posibles e imposibles, que luego tuvo que expulsar de sus entrañas: el rojo cristal de las uvas, el rojo carácter de Buck Mulligan, el color rojo extraordinario de Samarkanda, el de Teseo, el de los aquelarres y el de Dulle Griet, el del mistral y el del desierto, el rojo verde, el rojo olivo, el de las batallas de Rama y el de la carne amoratada, el rojo feroz de la pasión sin límite, el del séptimo círculo descendente y, por fin, el rojo tan gastado de la cólera. Allí adonde dirigió la vista un vaho soporífero y ardiente transformó la arena en sangre, y la sangre echó llamas, y la llama calcinó la materia vuelta lava, brasa, rescoldo para la ira. Torpe fue asomarse al pozo y ver hervir el agua y ver la propia imagen entre el agua gasificada y arder, por contagio, dentro del propio fuego. Ese día Caín ya no tuvo remedio y se supo invadido por el resentimiento. Su madre lo vio alejarse bajo el ala roja de la hora primera y su padre lo vio, inquieto, contemplar ensimismado el universo. Abel aprendió que algo definitivo le arrancaba de su lado junto al hogar y que a partir de esa mañana nadie más ocuparía la estera vacía de su derecha. Ni la propia.

El juvenil cuerpo caliente se fue levantando tolveneras por los surcos de la llanura soliviantada y hasta los futuros labradores y pastores más alejados se llegó ondulante una extraña atmósfera estival que no correspondía para nada a la estación del año en que supondrían estar viviendo: "Se quemará la simiente", presentirían los más viejos. "Iremos al río", pensarían las doncellas. "Parece ya mediodía", dijeron entre sí los pájaros, y en varias millas a la redonda un árido viento seco marcó las huellas del astro errante en

que se había convertido aquel tronco sudoroso que destilaba gotas incandescentes de un olor cada vez más penetrante. En las cocinas todos notarían que la miel y la grasa derretidas correrían entremezcladas y que tendrían que beber la leche tibia y agria. Algunas ovejas parieron repentinamente. Algunas flores recorrieron el ciclo del capullo a la eclosión y a la muerte en apenas media hora de tiempo físico y, en el templo, la copa de oro se fundiría al tiempo que la cera. Los sabios se asomarían con espanto para contemplar el descenso del sol en la colina y no habría tal: sus caballos apenas treparían por la montaña, en medio del vapor silente. Era como cuando al principio del planeta los hielos empezaron a perder firmeza, acorralados por una avalancha de alta temperatura; así avanzaba Caín, en el zenit de su angustia, adormilado, ciego, consumiéndose y consumiendo.

Quiero decir que algo mínimo comenzó a germinar, años antes, y que por descuido y tal vez desconocimiento fue sumando partículas de descontento a la partícula original, como el grano de granada se añade a sus compañeros hasta formar una pequeña fruta sólida que un día estalla con la vehemencia irreversible del átomo en fisión para asolar zonas enteras que se creen a salvo del desastre. Así, en el corazón de Caín fueron cayendo regiones tras regiones, y ejércitos completos de emociones que se sumaron al estertor espeso de un único sentimiento, demasiado semejante a la rabia. Quiero decir que acaso un mago, un alquimista que conociera el secreto de los colores y el rojo rubí de la transformación esencial hubiera podido ayudarlo y la mano soltar la piedra y los dedos desasir el hacha y el samurai envainar el sable. Pero no lo hubo y ese día rojo de Caín tuvo su término incontrolado.